

Ciencia y feminismo

Sandra Harding,

Madrid, Ediciones Morata, 1996

En los últimos años, una de las fuentes de cuestionamiento de la ciencia ha sido el trabajo de numerosas feministas. La cuestión del género dejaba de ser así un campo de interés limitado a las mujeres, y los efectos de sus conclusiones empezaron a socavar los cimientos de los marcos que las sustentaban, ya fueran las teorías marxistas o las doctrinas positivistas. Desde este contexto es desde donde podemos valorar el libro de Harding, sus propuestas de futuro, su visión de la ciencia, la ubicación de su compromiso. Harding, radical unas veces, un tanto tibia en otras ocasiones, nos anima a seguirla en un «tira y afloja», en un camino jalonado por los límites a los que ella misma somete el hilo argumental que maneja.

Tras la publicación de Kuhn sobre las revoluciones científicas, donde aún se podía encontrar una visión internalista de la ciencia y de la comunidad científica, otras personas fueron más allá y, defendiendo que la ciencia era una actividad social y, por tanto, mediada, empezaron a aplicar al estudio de la ciencia las mismas categorías, metodologías y conceptualizaciones que la ciencia proponía para otras actividades sociales. Éste es precisamente uno de los puntos de partida de Harding: «*La ciencia no es sólo un conjunto determinado de enunciados ni un método único, sino un conjunto global de prácticas significativas*» (p. 81).

En *Ciencia y feminismo*, Harding analiza, a lo largo de los diez capítulos del libro, las diferentes posiciones feministas críticas de la ciencia, los programas epistemológicos postulados y, como consecuencia de todo ello, los cambios en la consideración de la ciencia. Manteniendo parte de su herencia marxista, plantea una tríada para entender y desentrañar los efectos de la vida social «generalizada», con la que pretende ir más allá de, por ejemplo, los estudios sobre la equidad. Cuando

hablamos de género, dice Harding, debemos tener en cuenta tres niveles diferentes en los que éste se manifiesta: el *simbolismo* (o totemismo) *de género*, la *estructura de género* y el *género individual*. Con el primer término hace referencia a las metáforas dualistas de género para dicotomías percibidas (naturaleza-cultura, sujeto-objeto, etcétera); esa «*dicotomización constituye una ideología en el sentido fuerte del término: en contraste con las creencias falsas, sesgadas a favor de unos valores, que carecen de poder social, estas creencias estructuran las políticas y prácticas de las instituciones de la ciencia*» (p. 19). La estructura de género refleja las relaciones sociales entre hombres y mujeres, en este caso, en el seno de la actividad científica. Por último, el género individual, socialmente construido, es una forma de identidad cuya correlación con la realidad es, con frecuencia, imperfecta.

El análisis de estos tres procesos y la consideración de la ciencia como actividad social son las premisas necesarias para superar los discursos pluralistas sobre el género, y los dogmas del empirismo, desde el reduccionismo y la oposición entre verdades analíticas y sintéticas (Quine), a la sacralización de la ciencia o la posición paradigmática de la física y las matemáticas. Como respuesta a la idea científica, filosófica y popular de la ciencia natural y a su hostilidad a las críticas feministas, Harding arguye que «*el feminismo afirma también que el género es una categoría fundamental en cuyo ámbito se asigna significado y valor a todas las cosas, una forma de organizar las relaciones sociales humanas. Si considerásemos la ciencia como una actividad plenamente social, empezariamos a comprender las múltiples formas en las que, también ella, se estructura, de acuerdo con las expresiones de género. Todo lo que media entre nosotros y ese proyecto son las teorías del género inadecuadas, los dogmas del empirismo y una importante proporción de lucha política*» (p. 57).

Tres han sido las respuestas fundamentales a lo largo de la historia reciente a la relación problemática entre ciencia y género: el *empirismo feminista*; las *epistemologías del punto de vista* y las *tendencias feministas postmodernas*. Si en libros anteriores el interés de Harding se centraba en la consideración crítica del empirismo feminista, ahora va un poco más allá y reconsidera también la que ha sido su propia posición epistemológica y metodológica: el feminismo del punto de vista.

Repasa los presupuestos del empirismo feminista y de su confianza en la «ciencia». Desde esta posición se considera que el sexismo y androcen-trismo de la ciencia son corregibles «mediante la estricta adhesión a las normas metodológicas

vigentes de la investigación científica». Sin embargo, algo aparentemente tan sencillo e inocente conlleva un paradójico cuestionamiento del empirismo. Así, las feministas empiristas subvierten el empirismo fundamentalmente en tres aspectos: en primer lugar, la identidad del sujeto deja de ser irrelevante en la búsqueda del conocimiento científico; en segundo lugar, la omnipotencia de las normas metodológicas y sociológicas pierde vigor, y, en tercer lugar, se recupera la relación entre ciencia y política al defender que una política emancipadora puede aumentar la objetividad de la ciencia. La duda que se puede plantear a la argumentación de Harding es si todas y cada una de ellas son consecuencias directas de la práctica empirista feminista o interpretaciones mediadas por la construcción de una historia coherente de las relaciones entre feminismo y ciencia.

Las epistemologías feministas del punto de vista, por su parte, pretenden recoger precisamente esas paradojas y fundamentar en ellas su posición. Herederas de Hegel, Marx, Engels y Lukács, defienden la superioridad del conocimiento de los subyugados sobre el conocimiento del «amo», siempre parcial y perverso. Pero, y aquí está la novedad de *Ciencia y feminismo* con respecto a las compilaciones anteriores de Harding, también las epistemologías del punto de vista se encuentran con paradojas imposibles. Representante de esas epistemologías, en esta ocasión Harding, tras leer, como ella misma comenta, a Haraway y a otras autoras escépticas ante enunciados universales, se mueve en una inestable e interesante cuerda floja. Las cuestiones postmodernas sobre los sujetos fragmentarios, la unidad de la ciencia, la deconstrucción de las «esencias», se dejan sentir en esta nueva publicación, al menos como tales problemas, y le hacen revisar algunos de los presupuestos fundamentales de su posición anterior, aunque sin alcanzar la radicalidad en el ejercicio reflexivo característica del *cyborg* y de otras visualizaciones postmodernas similares.

Pero, además, las conflictivas relaciones entre ciencia y género se manifiestan también en la estructura social de la ciencia y en su historia. El análisis de los cambios en la división del trabajo y de la integración de las relaciones sociales de la ciencia con las relaciones sociales en general introduce «una dosis de realismo en el fantástico y peligroso cuadro del genio aislado que suelen presentar las corrientes dominantes en la historia y la filosofía de la ciencia. Y trata de alertarnos para que no entendamos el género como simple característica de los individuos y de sus conductas ni como una forma de organizar los significados sociales —como totemismo de género—, y tengamos también en cuenta cómo configuran y son configu-

radas estas formas del orden de género por las divisiones concretas del trabajo en función del género, la clase social y la raza» (p. 72). En ese marco, repasa los diferentes enfoques críticos e interpretaciones del androcentrismo en biología y en las ciencias sociales (Millman y Kanter, Longino y Doell, Haraway) y las imágenes históricas y contemporáneas de la ciencia moderna a partir de la consideración de las diferentes teorías sobre la construcción social de la sexualidad humana (Rubin, Cucchiari, Chodorow, Dinnerstein y Flax). Su conclusión, similar a la de Fee, es que incluso la posición «menos amenazadora» para la ciencia, la discriminación positiva, «requiere la reducción radical del estereotipo de género, de la división del trabajo según el género y de la fragilidad defensiva de la identidad masculina —y, quizá, la completa eliminación del género y, en consecuencia, de la estratificación de género en las sociedades que producen ciencia» (p. 95).

Así, a pesar de su innegable herencia del marxismo y su utilización de los significantes del psicoanálisis, después de comentar las epistemologías feministas del punto de vista representadas por «la unidad de la mano, el cerebro y el corazón» característica del trabajo artesano de Rose, la actividad sometida de las mujeres de Hartsock y el «retorno de lo reprimido de Flax, concluye el capítulo VI con la afirmación de que «El feminismo liberal, el feminismo marxista y, quizá incluso, las ramas más doctrinarias de los feminismos radical y socialista de mitad de los años setenta carecen de unos esquemas conceptuales lo bastante ricos y flexibles para captar la adaptabilidad histórica y cultural de la dominación masculina, ni sus capacidades camaleónicas para prosperar dentro de otras jerarquías culturales, como el clasismo y el racismo» (p. 139). La pregunta que queda en el aire es si debemos buscar un nuevo marco conceptual capaz de hacerlo o si debemos renunciar a él. Sus respuestas se mueven en ambas direcciones, avanzando lentamente, como si con su marcha hacia delante y hacia atrás no quisiera dejarse a ningún lector incrédulo por el camino.

Como colofón avanza tres ideas analíticas posibles para construir ese marco de referencia y, de nuevo, es una tríada de lo simbólico, lo estructural y lo individual. En el primer nivel sitúa las categorías de oposición, que recoge de Haraway, pero a las que dota de un contenido psicoanalítico en tanto que «retorno de lo reprimido», revelación de lo oculto, en una aproximación, un tanto superficial, más cercana a Flax que a los fundamentos políticos de Haraway. En el segundo nivel, el estructural, coloca la división del trabajo, en tanto que oposición entre compiladores y ejecutores. La herencia

marxista aquí es evidente al defender la idea de que la base material genera unas relaciones sociales que sustentan unos determinados estilos cognitivos. Por último, otra idea para la reconstrucción de un marco analítico apropiado se sitúa en el nivel de lo individual; se trata de los procesos evolutivos, de la aculturación infantil que produce la adhesión a unas formas de identidad u otras. Estas tres sugerencias se defienden en el contexto de las ideas básicas de las epistemologías del punto de vista y de la afirmación de la relación existente, aunque oscurecida por la sacralización, y necesaria entre ciencia y política: «*En las disertaciones morales y políticas encontraremos los paradigmas del discurso racional y no en los razonamientos científicos que afirman haber prescindido de la moral y la política*» (p. 216).

No se le escapa, sin embargo, la conclusión radical a la que le conduce este postulado y que, en un nuevo vaivén, le acerca a las ideas postmodernas a las que no se adhiere explícitamente. Y así, en las últimas páginas leemos algo que se ha estado tramando a lo largo de todo el libro y que nos despierta el interés por los próximos desarrollos de la crítica feminista a la ciencia: «*Esta afirmación de la prioridad de la moral y la política sobre la teo-*

ría y la actividad científicas y epistemológicas hace menos importantes, menos fundamentales la ciencia y la epistemología de lo que eran en la visión del mundo de la Ilustración. De nuevo aquí, el feminismo hace su propia aportación importante al postmodernismo; en este caso, a nuestra comprensión de que la filosofía centrada en la epistemología y, podemos añadir, la racionalización centrada en la ciencia no constituyen sino un episodio de tres siglos en la historia del pensamiento occidental» (p. 217).

Al contrario que en la novela negra, donde conocer el desenlace puede desanimar la lectura completa, en este caso el final es lo más abierto y sugerente del libro y el proceso por el que Harding alcanza esta conclusión, paradójica incluso con algunas de las ideas expuestas en los capítulos previos, es uno de los mayores alicientes para ojear las páginas de este libro. Sin duda, una excelente compilación de las epistemologías feministas y de las críticas al velo mixtificador de la ciencia; una ciencia que, definitivamente, está perdiendo las mayúsculas a manos de pensadores postcoloniales, feministas y sociólogos de la ciencia.

Elena Casado Aparicio

